

CLASE MAGISTRAL – MÓDULO 5

ANTROPOLOGÍA II: LA MANIFESTACIÓN DE LA PERSONA, EL YO

ANTROPOLOGÍA III: LAS MANIFESTACIONES HUMANAS

Me llamo Juan José Padiá. Soy profesor titular de Filosofía de la Universidad de Málaga y voy a exponerles a ustedes dos temas:

- la manifestación de la persona: el yo, y
- el tema de las manifestaciones humanas.

Si se dan cuenta, no voy a empezar a distinguir entre manifestaciones de la persona y manifestaciones humanas; lo iremos viendo conforme vaya desarrollándose la clase.

Pero sí me interesa que atiendan al concepto de manifestación: '*manifestación*'.

Ese me parece que es un es un concepto clave, porque se trata de la manifestación espacio temporal – del sentir en el espacio y sucesivo en el tiempo – de la intimidad personal.

1. EL ORDEN EMPÍRICO Y EL ORDEN TRANSCENDENTAL EN LA ANTROPOLOGÍA POLIANA

Una de las derivas histórica del nominalismo, a la que Leonardo Polo ha atendido mucho en sus textos de historia de la filosofía y en los textos del curso teoría del conocimiento, tiene que ver con la confusión tan frecuente entre *quién es* el ser humano y *qué es* el ser humano.

Confusión nominalista frecuente entre quién es el ser humano y qué es el ser humano

Esa confusión merece la pena deshacerla, y ya digo que su raíz es nominalista.

El nominalismo trata de hechos, hechos que aparecen espacio temporalmente y de alguna manera obtura, clausura el horizonte especulativo o científico o filosófico al no permitir inquirir más allá de lo que podemos localizar espacialmente y numerar de alguna manera, también temporalmente, o numerar empíricamente.

De tal manera que el criterio de la identidad sería algo así como la identificación, la identificación en el espacio y en el tiempo.

Dicho de otra manera, si solamente tenemos eso, si solamente tenemos hechos que podemos localizar espacio temporalmente, entonces lo que tenemos son 'qués', algos.

Pero el acceso a la persona, el acceso al quién, se confundiría: el quién sería directamente el qué.

Todo el interés tiene Leonardo Polo o gran parte del interés que tiene Leonardo Polo en estudiar el nominalismo es precisamente deshacer esa confusión del quién con el qué.

Propuesta de Leonardo Polo para deshacer la confusión nominalista del qué con el quién

La persona es '*además*', dice Leonardo Polo.

Además, en su intimidad, de todo lo que podamos identificar espacio temporalmente.

Pero ese además de lo que podemos localizar espacio temporalmente, se manifiesta en el espacio y el tiempo. Se trata un problema *inverso*.

Entonces el tema trata de la manifestación de la persona en su actividad subjetiva y de la manifestaciones de la persona fuera de sí, fuera de su intimidad subjetiva, es decir, en la cultura, en la situación histórica, en la sociedad, en su cuerpo, etc.

Si hemos dicho que vamos a atender bien al concepto de manifestación, porque es el concepto clave en los temas II y III, entonces tenemos que tratar algo así como lo que la diferencia entre *el orden empírico* y *el orden trascendental*.

Distinción entre el orden empírico y el orden trascendental

El orden empírico es el orden del '*qué*', decíamos; el orden que consagra como único el nominalismo, habíamos dicho.

El orden trascendental es, en cambio, el orden del propio ser.

Vamos a ver esa distinción porque me parece que es muy interesante.

¿Qué significa orden empírico? Pues el orden en el que se instalan las realidades que son sucesivas en el tiempo y distendidas en el espacio en el que localizamos, por ejemplo, los entes naturales: '*aquí hay eso, antes estaba allí*'.

La relación entre eso y aquello es una relación causal...

En el orden empírico, para Leonardo Polo, se sitúan las diferentes concausalidades físicas, nuestra vida espacio temporal, en un *tiempo* concreto, con una duración determinada, en un *lugar* geográfico marcado.

Es el orden en el que interactuamos también unos seres humanos con otros: nos conocemos, nos aceptamos, nos encontramos. O es el orden en el que se sitúan los entes empíricos que nos circundan en el mundo cultural.

En cambio, *el orden trascendental* no está definido por las coordenadas espacio temporales o por la localización y enumeración, *sino es el orden del ser*; el orden del fundamento, también del fundamento de nuestra propia realidad.

Eso, me parece que es importante y supone un giro muy importante en la historia de la filosofía y en la historia, en general, de la humanidad. Karl Jaspers en sus escritos sobre la filosofía y la historia denomina eje axial aquel momento de la historia entre el siglo VI a.C. y el siglo IV a.C., en el que viven una serie de personajes que supusieron un punto de inflexión en la historia de la humanidad.

Y supusieron un punto de inflexión en la historia de la humanidad porque descubren, y se instalan, algunos de ellos, en el orden trascendental, en el orden de la propia realidad.

Son los siglos de los movimientos proféticos, son los siglos de los filósofos presocráticos, son los siglos de Buda.

Me parece que en todas esas manifestaciones sapienciales, filosóficas, de fundadores de grandes religiones o de movimientos – por así decirlo – a la conversión respecto de las obras y de las acciones – las acciones están localizadas espacio temporalmente, en cambio, el corazón, la persona, se puede orientar, se puede despegar hasta cierto punto de las acciones, arrepentirse de ellas –. Eso es el movimiento profético.

Pero también sucede lo mismo cuando los filósofos socráticos descubren el orden del ser. El

orden de la physis. De lo intemporal. De aquello que fundamenta la realidad espacio temporal.

Aquí no nos interesa tanto las cuestiones religiosas – como la de los profetas, como la de Buda –, como las cuestiones filosóficas.

Y muy pronto, esos filósofos que han descubierto aquello que fundamenta el orden empírico, aquello de lo que depende el orden empírico – a eso que llaman ‘ta onta’, el ser, ‘to on’ –, muy pronto, conforme se va desarrollando ‘el ser’ en la filosofía, Aristóteles llega a distinguir el acto primero de los actos segundos.

Distinción del acto primero y los actos segundos en Aristóteles

El acto primero, dice Aristóteles, es el acto, es la propia vida, el vivir.

Dice Aristóteles que para los vivientes vivir es ser, para los vivientes vivir es ser.

Ser es algo que los vivientes no pueden hacer, sino que tienen, que es su propio ser. Su propio ser no está situado en el mismo nivel que las acciones que regulan su metabolismo, que la regulación de su medio interno, que su crecimiento o que su conocimiento sensible o incluso su conocimiento intelectual, sus impulsos, sus sentencias.

Vivir es ser.

Está en un orden, en un plano, en un nivel diferente del plano, del nivel o del orden en el que están las realidades empíricas o lo que esos vivientes pueden hacer.

Mediante nuestras actividades cognoscitivas, mediante nuestras actividades gramaticales, mediante nuestras actividades sensibles y metabólicas, nos insertamos en el orden empírico, en el **empírico psicológico** y en el **empírico histórico**, en el plano de las realidades espacio temporales y de lo que nos sucede o de lo que hacemos desde nuestro psiquismo, desde nuestras facultades cognoscitivas o psíquicas, en el mundo.

Pues bien, la filosofía de Leonardo Polo, la antropología de Leonardo Polo, se denomina antropología trascendental.

La antropología trascendental quiere decir que está **elaborada en el orden trascendental**, no en el orden empírico.

Y por eso esa filosofía, ese tipo de antropología filosófica, es un tipo de antropología filosófica muy peculiar.

Nacimiento de la antropología filosófica como bioantropología y sus fundadores. Un enfoque de antropología elaborada desde el plano empírico.

La antropología filosófica nació en Alemania alrededor de 1927–28, con la obra de dos grandes filósofos Helmuth Plessner y Max Scheler.

La corriente que inauguran esos dos filósofos y que se desarrollaría y que alcanzaría un punto realmente grande con la obra de Arnold Gehlen, ‘*El hombre*’, es denominado ese enfoque bioantropología.

Es decir, se trata de una serie de filósofos que intentan **buscar en el orden empírico** las características definitorias diferenciales del ser humano respecto de cualquier otro animal, e intentar ver sus condiciones de posibilidad.

Por eso Max Scheler titula a su gran libro de antropología filosófica ‘*El puesto del hombre*’.

Helmuth Plessner lo titula ‘*Los niveles del orgánico*’: intentar diferenciar dentro de la vida

orgánica diferentes niveles; intentar ver en el mundo, en el cosmos, el puesto peculiar que compete a ese ente que llamamos ser humano.

El libro de de Arnold Gehlen se titula, palmariamente o esquemáticamente, *'El hombre', 'der Mensch'*.

Pero ya digo que ese enfoque es el de una antropología filosófica elaborada desde el plano empírico.

La antropología de Leonardo Polo es elaborada desde el orden trascendental y no desde el empírico

En cambio, la antropología filosófica de Leonardo Polo es una antropología filosófica elaborada desde el orden trascendental, es decir, atendiendo a la intimidad personal, y buscando cómo se manifiesta esa intimidad personal en la subjetividad humana, – en el yo –, y en el mundo histórico, cultural y social, y en el mundo biológico de la propia corporeidad.

Dos significados de la palabra trascendental: Jaspers y Kant

Trascendental aquí tiene dos significados: ese **que le he dado** y que consagraría sobre todo Karl Jaspers cuando habla del eje axial y el sentido o el significado trascendental kantiano como la condición de posibilidad de las actividades cognoscitivas, de las actividades pragmáticas.

Estas dos acepciones del concepto trascendental, dos acepciones muy poderosas a lo largo de la historia de la filosofía, se conjugan y se articulan, y de una manera muy suave – sin fricciones, muy bien articuladas – en la antropología trascendental de Leonardo Polo.

Qué quiere decir que la persona se manifiesta: que la persona es 'además' de su manifestación

Decir que *'la persona se manifiesta'* quiere decir que la persona es *'además'* de sus manifestaciones. *'Además'*, por ejemplo, de su operatividad, de su actividad subjetiva, cognoscitiva, pragmática, de lo que quiere, de lo que hace, de lo que dice, de lo que decide, de lo que hay en su conciencia, de su propia conciencia, de todo aquello que podríamos localizar como actos subjetivos, y, por lo tanto, localizados en algún momento del tiempo y ejercidos en algún lugar del espacio; y por eso, decir que la persona es *'además'* significa decir que es *'además'* de su subjetividad, de su autoconciencia.

La persona es además de su subjetividad, de su autoconciencia

Y eso significa que el ser humano, para Leonardo Polo, tiene intimidad.

También podría significar que el ser humano, además de su autoconciencia, tiene, por ejemplo, una determinada sustancialidad, una determinada sustancialidad ontológica, o que tiene además una naturaleza.

Pero Leonardo Polo no apunta a eso, que es lo característico, por ejemplo, en la filosofías clásicas: afirmar la sustancialidad del ser humano, afirmar la naturaleza del ser humano.

Distinción de la Antropología filosófica de Leonardo Polo respecto de las demás antropologías filosóficas

La antropología filosófica de Leonardo Polo, ya digo, se diferencia de

- las antropologías filosóficas realizadas en el siglo XX, desde la biología o desde la cultura, como Ernst Cassirer,
- de las antropología filosóficas presentes en el idealismo, en el cual el ser humano se entiende como una subjetividad, una autoconciencia, y

- de las antropologías filosóficas o de las filosofías del hombre de corte clásico, elaboradas desde Platón, desde los presocráticos hasta los grandes filósofos medievales.

Es una antropología muy contemporánea, personalista si se quiere, pero rigurosamente personalista, y rigurosamente en el sentido que atiende, por una parte, a la persona, y, por otra, parte, porque se aleja de las corazonadas o del sentimentalismo presentes en gran parte de la filosofía de corte personalista.

Es decir, se trata para el Leonardo Polo de decir que el ser humano es *'además'* de la actividad subjetiva, *'además'* de la autoconciencia.

La persona humana es un quién que posee actividades subjetivas y que se despliega operativamente

Significa para Leonardo Polo que es un quién que posee una naturaleza, que posee esas actividades subjetivas. Y ese quién, que es el autor de su vida, que posee, es decir, que tiene y que se despliega operativamente según una determinada naturaleza, ese quién es la persona: el poseedor de la naturaleza.

Parece que, en ese sentido, se atiende, por ejemplo, a la antropología filosófica elaborada por Robert Spaemann.

Con **la distinción entre quién y qué** pueden ver la línea hacia la que apunta Polo.

Bien, entonces ya digo por una parte, que la antropología filosófica de Leonardo Polo es muy original. Me parece que de alguna manera lo he ido mostrando en los últimos minutos.

- *Intimidad o persona*
- *Actividad subjetiva*
- *Naturaleza humana*

Me parece que es una antropología filosófica muy completa.

¿Por qué?

Porque atiende a la persona, a la actividad subjetiva, y a la naturaleza de esa persona.

Es decir, esos son los tres elementos que se conjugan o que se articulan en la antropología filosófica, en la antropología trascendental de Polo.

Es una intimidad que se busca y que apela a la aceptación, que se conjuga, que se articula con sus actividades subjetivas mediante las cuales dispone de una naturaleza en el orden empírico.

Y esas actividades subjetivas y la disposición de su naturaleza se dan en el orden empírico, y son manifestaciones de ese quién que llamamos persona.

El método doble de la Antropología filosófica

Pues bien. Decíamos que Leonardo Polo suele caracterizar el método de la antropología filosófica diciendo que es un método doble que se accede a través de dos dimensiones del abandono del límite mental: a través de la tercera y a través de la cuarta.

Con la tercera se accede a la persona o se alcanza la persona. Es el concepto de Polo: *'alcanzar la persona'*, y Leonardo Polo caracteriza, como ya saben, por el tema anterior, esa tercera dimensión del abandono del límite mental como *'desaferrarse'* del orden histórico empírico, del orden psicológico empírico.

La tercera dimensión del abandono del límite mental como un “desaferrarse”

Desaferrarse de las actividades subjetivas mediante las cuales la persona pone sus actos conscientes.

Eso es lo que logramos hacer cuando logramos instalarnos o logramos descubrir nuestro propio ser. Entonces lo que hacemos es diferenciar nuestro ser respecto de nuestras actividades.

El acto primero respecto de los actos segundos, diría Aristóteles, respecto del conjunto de actividades que protagonizamos subjetivamente. Se trata de desaferrarse de lo que uno pone en el mundo para alcanzar lo que uno es por uno mismo, uno es en sí mismo, desaferrarse de las actividades para alcanzar el ser.

Esa es la tercera dimensión del abandono del límite mental, de una manera bastante grosera, una descripción muy grosera de esa; no, no es muy fina.

La cuarta dimensión del límite mental como la “demora creciente”

E incluyo la cuarta dimensión del abandono del límite mental, que es la dimensión que ahora mismo nos interesa, es caracterizada por Leonardo Polo como el demorarse creciente en el límite mental.

Es decir, ¿demorarse en qué? En la operatividad o en la actividad subjetiva.

Toda esa actividad subjetiva que se ha caracterizado y que está marcada por el límite mental, de manera que se pudiera llegar a explicarla y por lo tanto la cuarta dimensión del límite mental, ante todo, a lo que aspira, es a describir morosamente, detenidamente, la actividad subjetiva, el conjunto de actividades que protagonizamos desde lo que llamamos nuestro yo.

Y por eso se denomina la manifestación de la persona: el yo. Es decir, aquello de que protagonizamos, de lo que somos autores en el mundo, de lo que somos.

Y entonces, además, es importante ver que esa es la descripción de la tercera – desaferrarse – y la cuarta – demorarse crecientemente en el límite mental –: dimensiones del límite mental.

El ejercicio de hábitos innatos en las dimensiones del abandono del límite mental

Cualquier dimensión del límite del abandono del límite mental es ejercida por un hábito innato, dice Leonardo Polo.

Hábito innato no significa un conjunto de conocimientos que tuviéramos congénitamente, que no hayamos adquirido merced a la experiencia. No.

Hábito innato significa ante todo actividades intelectuales ejercidas directamente por la persona sin el concurso, sin la mediación, de la facultad intelectual.

Actividades intelectuales ejercidas directamente, si lo quieren ustedes, por el intelecto agente. No por la inteligencia. Es decir, no con el concurso del intelecto paciente, sino directamente por la inteligencia, sin la mediación de operaciones.

Y esos son hábitos innatos.

Accedemos al ser, es decir, al ser extramental, es decir, al ser del universo mediante un hábito innato, llamado por Leonardo Polo ‘*nous*’ o hábito de los primeros principios.

Alcanzamos la persona y alcanzamos a instalarnos en nuestra propia intimidad, buscando nuestro propio ser, apelando la aceptación de ese ser – como veremos –, en la tercera dimensión del abandono del límite, mediante un hábito que Leonardo Polo denomina el hábito de

sabiduría, siguiendo una denominación clásica.

Pues bien, la segunda y la cuarta dimensión del abandono del límite mental son dimensiones por las cuales uno conoce la esencia respectivamente del universo o de la persona humana.

Y esos hábitos, los hábitos por los cuales son posibles, se denominan respectivamente el hábito de ciencia y el hábito de sindéresis.

Ya hablaremos un poquito más más adelante de eso.

Pero en cualquier caso tenemos delimitado el objeto y el conjunto de actividades por la cual la intimidad humana se manifiesta, y el concepto de manifestación, y el método: la demora creciente en el abandono del límite mental.

2. LA VIDA DEL VIVIENTE

Vamos a caracterizar un poco la relación que hay entre el viviente y la vida.

Aristóteles y su definición de la vida como acto del cuerpo físico organizado y como acto del cuerpo que tiene vida en potencia

Aristóteles, en el segundo libro del De Anima, en los primeros capítulos de ese segundo libro del De Anima, en concreto en el capítulo primero y en el capítulo segundo, define la vida de una manera un poco vacilante, titubeante, ambivalente, porque emplea dos conceptos diferentes para caracterizar el vivir.

Y el vivir para Aristóteles es el principio vital – recuerden que es el alma, la *'psiché'* –.

En la primera definición dice Aristóteles que la psiché es el acto – y emplea el término *enérgeia* –, el acto, la *enérgeia*, del cuerpo físico organizado.

Que sea *enérgeia* significa para Aristóteles que es un tipo de actividad cuyo tiempo para lograr aquello que alcanza es cero. Es cero, es decir, un tipo de actividad cuya velocidad sería, podríamos decir, infinita.

Pero, a continuación, Aristóteles dice que la vida es el acto, y dice *entelécheia*, dice en griego, del cuerpo que tiene vida en potencia.

Una es *enérgeia*, la del cuerpo físico realizado, ya el cuerpo físico constituido; y la otra, la del cuerpo que tiene vida en potencia, es *entelécheia*, es decir, el conjunto de actividades sincronizadas, desarrolladas en el espacio y en el tiempo, por las cuales los seres vivos trabajan para sí mismos, para constituirse, para mantenerse, para repararse de cosas que sufren, para sentir, para entender.

Yo digo que aquí hay una ambivalencia.

¿Qué es el alma o qué es el vivir?

¿Es algo completamente temporal, como las actividades entelechéquicas o es algo que supera el tiempo y de alguna manera intemporal como la *enérgeia*?

Y entonces, la solución que dibuja Leonardo Polo es desaferrar la vida del ser, la vida respecto del ser.

Solución de Polo para “desaferrar” el ser respecto de la vida: la vida pertenece al orden de la esencia

Aristóteles, pues, en la primera definición que he comentado de lo que es vivir, dice que, para los vivientes, vivir es ser.

En cambio, Leonardo Polo dice que la vida pertenece no al orden del ser, sino al orden de la esencia. La vida humana, al orden de la esencia.

Y por eso las actividades subjetivas y las actividades entelechéquicas, es decir, las acciones que protagonizamos de nuestra intelección y desde nuestro querer, de nuestra voluntad, desde nuestra reflexión forman parte de nuestra esencia; pero también forman parte de nuestra esencia todas las actividades distendidas en el espacio y en el tiempo por las cuales nuestro organismo nos ha constituido, nos mantiene con vida, etc. Las dos forman parte de la esencia de una persona.

Y, entonces, si la vida pertenece al orden de la esencia, ¿qué hay en el orden del ser?

Entonces la solución de Leonardo Polo es: en el orden del ser está el quién, el viviente.

Viviente y su vida. El viviente y su vida.

Su vida es actividades subjetivas, energéticas y actividades entelechéquicas, de constitución y mantenimiento biológico de su propio ...

Un viviente que puede manifestarse en su vivir, que puede disponer de su vivir, de sus actividades, de las actividades que protagoniza, que puede disponer de las actividades entelechéquicas que se están desarrollando y que puede acoger a su sustancialidad dentro de su subjetividad, un viviente.

Pero el viviente es aquí sinónimo de existente, del ser personal. Es *'esse personale'*: como han estudiado ustedes. Es intimidad que se está buscando, que se está buscando pero que no se alcanza.

Saber quién es uno. Saber quién es uno es co-existir, es la actividad que ejerce el intelecto personal. Pero ese saber nunca se encuentra.

Sócrates había hecho suyo el famoso oráculo de Delfos: *'conócete a ti mismo'*.

En cierta ocasión un amigo mío le dijo a una alumna mía que tenía tatuado el *'conócete a ti mismo'* le dijo: si eso está bien, pero no te especialices. ¿Por qué? Porque uno nunca logra alcanzarse.

Uno, cuando intenta, cuando se busca, nunca encuentra algo así como una réplica adecuada de su propio buscar intelectual.

Lo que logramos siempre es algo como inteligible, nunca es tan intelectual como nosotros. Nunca está en el mismo nivel de realidad.

Entonces somos seres que se buscan pero que no se encuentran, no se alcanzan; como un buscar que no encuentra.

La vida humana es una vida de manifestación y de apelación a la aceptación mediante dones

Y somos seres tan bien que esperamos una aceptación de nuestro ser. Esperamos una aceptación. Eso es muy palmario en la realidad personal. Y precisamente por eso la vida humana es una vida de manifestación y de búsqueda y de apelación a la aceptación mediante dones, podríamos decir.

Vamos a situarnos en, por ejemplo, en el diálogo – un encuentro humano –: un ser humano habla con otro y ¿qué le comunica? Pues le comunica, por ejemplo, conocimientos, lo que él sabe de sí mismo, lo que él sabe del mundo, lo que él sabe de otras personas. Y ese comunicar, de alguna manera, es como un don que hacemos otras personas. Eso es el diálogo.

También cuando hacemos cosas, inventiva, creativamente, cosas que nadie haría si no fuéramos nosotros. Cosas que caracterizan mucho a ese quién que está actuando creativamente, innovadoramente.

También, de alguna manera, eso es una actividad donal, en el sentido de que es una actividad libre, no necesitada, no ejercida paupérrimamente para poder sobrevivir, sino que es una actividad innovadora.

Y es una actividad que dejamos en el mundo y que pueden aceptar otras personas y que pueden configurar algunas de sus acciones de acuerdo con esa actividad.

La persona se busca, pero no se encuentra. La persona apela a la aceptación de su propia realidad, de su ser. Pero esa persona no puede dar su propio dar, sino que tiene que dar dones.

En fin, en cualquier caso, buscar lo que uno es – además de lo que uno piensa, quiere, hace, ejecuta –, buscarse en el orden trascendental, llegar a saber quién es uno, llegar a ser el que eres, alcanzarse a sí mismo en su búsqueda, podemos decir – con Popper – una búsqueda sin término, una búsqueda en la cual lo que encontramos no somos a nosotros mismos.

Y la aceptación de nuestro propio ser: apelamos, deseamos y llamamos a otra subjetividad que nos pueda acoger. Pero no somos esa subjetividad, ni podemos forzar a esa otra subjetividad a que nos acepte.

Y sobre todo... buscamos la aceptación de dones. Pero no podemos dar como un don nuestro propio ser. Y en cambio apelamos a la aceptación.

Decimos, en cambio, que la persona encuentra. Encuentra cuando no se busca. Y lo que encuentra, pues, son los demás cuando comunican, por ejemplo, mediante el diálogo, hemos dicho, o las actividades, o los productos que realiza; traspasando las objetividades mentales y las ideas que ha – materializándolas –, traspasándolas a la acción.

Y entonces aquí sí encontramos.

Y aquí hay que darse cuenta que encontramos, iluminamos, determinadas cosas de la realidad extramental, del universo – del mundo humano, de la cultura, del arte, del pasado, de la historia, de la sociedad humana –, gracias a nuestra actividad subjetiva, es decir, a nuestra actividad operativa, es decir, gracias al límite mental.

El límite mental es lo que explica o lo que hace posible – la condición de posibilidad, si lo queremos –, cualquier iluminación de la realidad natural, cultural o de la creación artística, de las acciones innovadoras y creativas.

Sin el límite mental no podríamos extravasar lo que pensamos a la realidad, a nuestras acciones. Por eso lo primero que hace la persona para manifestarse es constituir el límite mental.

El límite mental como condición de posibilidad para la manifestación humana.

La persona es 'además' del límite mental. 'Además' de todas esas actividades.

Pero para poder manifestarse en el espacio y en el tiempo, se requiere del límite mental.

Y eso es lo primero que se va a constituir.

El límite mental es entonces la condición de posibilidad, si se quiere, de que un existente, personal, que existe en el orden trascendental, pueda manifestarse en el orden empírico, histórico y en el orden empírico, subjetivo u operativo, psicológico. Es la condición de posibilidad de que podamos, conocernos, tratarnos, conocer el mundo, habitarlo, innovar y

abrir mundo en ese mundo, como diría Heidegger.

Relación entre el ser y la esencia humana

Fijaros ahora, ahora hay que fijarse en lo siguiente: ¿cuál es la relación que hay entre el ser y la esencia humanas? La relación no es que ese ser que se está buscando en su intimidad – que es ‘*además*’ de su actividades subjetivas, de la actividad que protagoniza subjetivamente – se alcance mediante ese conjunto de actividades subjetivas – que es lo característico de la fórmula del frontispicio del Templo de Apolo en Delfos: ‘*Conócete a ti mismo*’.

Es como si pudiéramos llegar a conocer subjetivamente, mediante actividades subjetivas, nuestra propia realidad.

Y Leonardo Polo dice: **no**.

Ese conocimiento, en cualquier caso, se reserva a la persona, mediante el hábito de sabiduría, y ese hábito de sabiduría nunca encuentra lo que busca.

La persona persiguiendo esas actividades subjetivas – mediante las cuales tenemos algún conocimiento del mundo, algunos conocimientos del universo, algunos conocimientos de nuestra propia realidad subjetiva, de nuestra propia realidad substancial y biológica, del pasado, y del sentido que le dieron los seres humanos a sus vidas, y de lo que protagonizaron subjetivamente –, todos esos conocimientos son conocimientos de lo que no es la persona, conocimientos que están fuera de la intimidad personal.

Ahí la persona no se encuentra, no se encuentra.

Más bien lo que hacemos es hacer mundo, constituir dones, hacer más habitable el mundo, transmitirle lo que sabemos del mundo y del universo a otras personas.

Pero es de alguna manera equivocado buscar en el orden de las actividades protagonizadas subjetivamente la intimidad personal. O dicho de la manera: la persona no se autorrealiza a través de esas actividades que protagoniza desde su yo.

Es decir, no encuentra en ellas quién es ella.

No encuentra la aceptación de su ser tampoco en los dones que deja en el mundo humano y que configurará, quizás, las acciones de otras personas en el futuro.

Por muy gustosa que sea y por muy satisfactoria que sea la actividad creativa, la actividad innovadora, el conocimiento... en ninguno de esos casos esa satisfacción es la satisfacción que se alcanzaría si llegáramos a saber quiénes somos o si nuestro ser fuera aceptado.

El crecimiento de nuestra vida y del mundo en el encuentro con otros seres humanos

Más bien esa satisfacción deriva de la vida.

La vida va creciendo. La vida crece. Al hacer crecer nuestro vivir crece el hacer crecer el mundo humano.

Nuestro vivir crece y se fortalece en el encuentro con otros seres humanos.

Nuestro vivir crece al hacer crecer también el mundo y al ir dejando cosas nuevas en el mundo.

Nuestro vivir crece al conocer con más intensidad, al conocer más y mejor el universo, a nosotros mismos.

Nuestro vivir crece, pero esa vida – que es una vida creciente y creciente irrestrictamente – no

es una intimidad que encuentra su réplica.

Más bien es una intimidad que omite la búsqueda de sí misma y que ilumina lo que está fuera de ella misma. Que no se mira. Y, al ir encontrando, es decir, al ir viviendo subjetiva y pragmáticamente, entonces su vida se va intensificando y va intensificando también la vida de los demás.

3. SINDÉRESIS: VER-YO Y QUERER-YO

Para Polo, la sindéresis permite el conocimiento de la esencia humana

Leonardo Polo denominaba hábito de sindéresis aquel hábito intelectual innato que nos permitía conocer la esencia humana.

Es un hábito ejercido directamente por la persona.

Se trata de la sindéresis tal y como la empiezan a elaborar ese hábito algunos pensadores tardo-medievales. Es un tipo de conocimiento que nos protege y nos custodia porque vigila y observa nuestras acciones.

Aquí está la clave por la cual Leonardo denomina sindéresis al conocimiento de la esencia humana: porque está relacionado con el actuar, con las actividades protagonizadas subjetivamente. Con la actividad subjetiva.

Es decir, la sindéresis, para algunos filósofos medievales, era la luz de la conciencia que iluminaba el bien mismo. Algo así como una brújula que orientaba siempre hacia el bien y por la cual ningún ser humano podría decir que no tiene un conocimiento del bien y el mal, sino que tendría una guía interior íntima. Ese conocimiento del bien.

Leonardo Polo piensa que, efectivamente, eso puede ser la sindéresis, pero que la sindéresis tiene muchísimo más alcance.

Es decir, la sindéresis no solamente es el conocimiento del bien y el mal, sino que es el hábito intelectual que nos permite conocer nuestra actividad.

Todas las acciones subjetivas que la persona realiza, que la persona pone a lo largo de su vida. Y por eso, porque la esencia humana es un conjunto de actividades protagonizadas subjetivamente, la sindéresis es el conocimiento que permite conocer la esencia humana.

Algunas definiciones del ser humano donde aparece la actividad subjetiva

Fíjense en algunas definiciones que se han dado del ser humano. Algunas definiciones dadas por grandes filósofos. Fíjense que en todas ellas va a aparecer la actividad subjetiva.

Tomás de Aquino, por ejemplo, define al ser humano como a aquel tipo de viviente que elige sus propios fines. Es decir, aquel tipo de ser vivo cuya finalidad no le es dada filogenéticamente, sino que él tiene que elegir, por ejemplo, cómo satisfacer sus necesidades vegetativas básicas, por ejemplo, cómo satisfacer su nutrición. Y entonces tiene que pensar, cuando tiene hambre, qué va a comer, cómo lo va a comer o si necesita comerlo o si quiere comerlo.

Entonces esa definición de Tomás de Aquino tiene que ver con la actividad humana. La actividad humana es protagonizada subjetivamente y no protagonizada por la especie.

Immanuel Kant dice algo parecido, pero bien distinto, cuando dice que el ser humano es siempre fin en sí mismo y nunca tiene que ser tratado meramente como medio. Es siempre fin en sí mismo: fin de su propio actuar, por ejemplo, fin de las actividades de otros seres humanos.

Protágoras había dicho algo parecido también: (el hombre) es la medida de todas las cosas, no

es medido como las demás cosas; sino que es la medida de todas las demás cosas.

Nietzsche decía que el ser humano es aquel animal que era capaz de prometer, es decir, que era capaz de realizar, en el futuro, la actividad subjetiva que se planteara en ese momento, en el presente.

Es decir, en cualquier caso, todas esas definiciones de ser vivo que les he comentado apuntan a que es muy definitorio de la subjetividad humana, de la conciencia humana, la actividad, las actividades, las acciones.

Comentario de Polo sobre las definiciones de Aristóteles y de Tomás de Aquino

Leonardo Polo comentará la definición de Aristóteles y la de Tomás de Aquino – aquel ser que es capaz de elegir por sí mismo sus propios fines –, diciendo o ampliándola, diciendo que el ser humano es aquel ser que es capaz de convertir todo fin en medio.

Es lo que Leonardo Polo llama *'hiper teleología'*: convertir todo fin en medio, estar más allá del fin.

No es ser solamente siempre fin y nunca meramente medio, sino estar más allá del fin.

Cuando hacemos eso – cuando convertimos fines en medios, cuando elegimos nuestros propios fines, cuando actuamos utilizando medios o tratando otras personas como fines, cuando prometemos a otros seres humanos: ¿qué haremos? tal cosa en tal momento –, en cualquier caso, nos estamos abriendo, nos estamos manifestando en el orden empírico histórico.

Y eso es la esencia humana. Lo que tenemos que ver ahora.

Esas actividades que protagoniza el yo son de dos tipos: son actividades intelectuales y actividades volitivas.

Pero Leonardo Polo quiere hacer ver que el yo no es al margen de esas actividades mediante las que ve y encuentra en el mundo, ilumina el mundo, y por las que hace y efectúa y quiere y añade cosas al mundo.

Es decir, que el yo no es algo así como una hipóstasis que puede ver, o que puede querer, pero que es al margen del conjunto de actividades que puede protagonizar.

El yo no está al margen de las actividades intelectuales y volitivas: "ver-yo" y "querer-yo" es la dualidad que define la esencia humana

No, y por eso Leonardo Polo escribe con guiones la relación que hay entre las actividades intelectuales y el yo, y las actividades volitivas y el yo.

Y por eso dice "ver-yo" y "querer-yo". "Ver-yo" y "querer-yo". Esa es la dualidad que define la esencia humana, la *sindéresis*.

Vamos a introducirnos en el primer término de esa dualidad "ver-yo".

4. VER-YO

"Ver-yo" así como el escribe Leonardo Polo.

"Ver-yo" es ver y ver significa encontrar intelectualmente.

Encontrar intelectualmente, por lo tanto, significa iluminar la realidad. La persona es luz, decía, en su intimidad. La persona es luz. Es luz que busca. Que busca saber quién es, pero que no encuentra una réplica de su ser.

Es luz quien referencia a su intimidad.

No es luz iluminante, pero no deja de ser luz.

Es una luz que, aunque no ilumina – no llega tocar algo, a detectar una réplica adecuada de su propio ser, no llega a alcanzar, a encontrar su réplica –, no deja de ser luz.

La persona busca dentro de su intimidad: luz transparente

Y Leonardo Polo caracteriza esa luz de la persona como '*luz transparente*', es decir, como una luz que puede ser acogida por otra luz, que puede ser traspasada por otra luz intelectual y, al traspasarla, iluminarla. Iluminar quién es.

Pero la persona, en su intimidad, busca pero no elimina.

Ver-yo encuentra fuera: luz iluminante

Cuando omite su búsqueda, entonces ilumina fuera de su intimidad, y entonces encuentra. Y por eso, precisamente porque es un hecho que encontramos conocimiento del universo, conocimientos de nosotros mismos, de nuestra propia sustancialidad, conocimiento de nuestra propia subjetividad, precisamente porque encuentra, la luz del ver-yo es una luz que ya no es transparente sino que es una '*luz iluminante*'.

La luz transparente en la propia intimidad y la luz iluminante fuera de la intimidad

Luz transparente: la luz personal en la propia intimidad.

Y luz iluminante: fuera de la propia intimidad – iluminando o suscitando un aspecto del mundo, aspecto del universo, aspecto de la propia subjetividad, aspecto de la propia esencia e iluminando a otras personas –. Y que, por lo tanto, suscitando dones que puedan ser dados a otras personas o que puedan ser integrados en dones que podamos dejar en el mundo.

Según Polo, el ver-yo es suscitar luces iluminantes

Entonces... ¿Qué es ver-yo?

Ahora tienen que darse cuenta que ver-yo, dice Leonardo Polo, es *suscitar luces iluminantes*.

Suscitar luces iluminantes significa promover luces que permitan ser entregadas a otros o ser integradas en dones, decíamos.

Luces que iluminen aspectos del mundo, de la realidad, extramental o de la actividad psíquica, o de la actividad subjetiva.

Ver-yo suscita el límite mental como visividad ejercida

Esas luces iluminantes que la persona suscita cuando omite la búsqueda, cuando mira afuera de su intimidad, entonces, lo primero que hacen es suscitar, decíamos antes, el límite mental.

Y suscitar el límite mental significa en primer lugar solicitar la facultad intelectual: la inteligencia.

A la inteligencia, Leonardo Polo la denomina '*visividad*'.

La inteligencia es una luz, una luz que, merced a su creatividad, encuentra temas, encuentra aspectos de la realidad. P.ej. la creatividad intencional.

Pero la persona, decimos también, no solamente suscita el límite mental y por lo tanto la visividad, sino que suscita también hábitos.

La persona también suscita y promueve hábitos intelectuales

Es decir, puede ascender a esa facultad, puede hacerla crecer, puede perfeccionarla, puede revitalizarla, y, por lo tanto, la persona entonces también suscita, promueve los *hábitos intelectuales adquiridos*.

Vamos a ver lo de la visividad. La visividad es la inteligencia, la facultad intelectual.

Pero la persona, cuando mira afuera de su intimidad, cuando suscita la luz de la inteligencia, no está suscitando directamente el objeto mental. Tampoco suscita las operaciones.

Si la persona, con su luz iluminante, conociera los objetos, entonces no serían necesarias las operaciones, la actividad de esa facultad.

Es decir, la persona, o el yo, no suplanta sino que ve y suscita una luz. Esa luz se llama *el intelecto*.

No duplica, por lo tanto, la actividad de la facultad. Más bien lo que hace es encontrarla. *La luz iluminante es luz que encuentra*.

Hay una definición clásica de Santo Tomás que dice que nuestro *intelecto entiende formando, y formando y entiende*.

Entender formando significa, creo que para Leonardo Polo significa, que el ver lo que hace es encontrar, suscitar, formar, en primer lugar, la facultad intelectual.

Esa es la manera en la que encuentra, entiende, ilumina, ilumina formando, formando una luz.

Y esa luz que a su vez va a desarrollar, va a tener una operatividad propia: va a poder abstraer, analizar, razonar.

La luz iluminante de la persona, forma, entiende y encuentra formando, formando esa luz intelectual.

Y entonces eso es lo que es suscita.

El intelecto revitaliza, refuerza, repotencia la visividad, y así se tienen los hábitos intelectuales adquiridos

Pero también, el intelecto no solamente suscita la visividad, sino que también la revitaliza, la refuerza la repotencia. Y esos son **los hábitos intelectuales adquiridos**.

¿Qué es un hábito intelectual adquirido?

Un hábito intelectual adquirido es el conocimiento de la actividad operativa intelectual ejercida.

Es el conocimiento de la operación.

Es decir, nosotros no solamente conocemos objetos, sino que conocemos las operaciones con las cuales conocemos esos objetos. Eso es muy importante.

Es decir, no solamente abstraemos, sino que conocemos que abstraemos; no solamente generalizamos, sino que conocemos la actividad generalizante, la actividad negativa.

Aristóteles había dicho que las actividades intelectuales operativas – la abstracción, la generalización, el razonamiento, la fundamentación, el logos – son actividades perfectas, porque entre su ejercicio y su finalidad, y la finalidad que alcanzan, no media ningún tiempo: [ἄμα τὸ αὐτό] son simultáneas: actividad y fin de la actividad.

Pues bien. Un hábito intelectual es algo más perfecto que una actividad perfecta.

Un hábito intelectual, un hábito adquirido, no ilumina nada.

Al abstraer, iluminamos determinados aspectos de la realidad.

Pero al conocer la abstracción no iluminamos aspectos de la realidad, sino que el hábito no se conmensura con objetividades intelectuales, no se conmensura con objetos.

Sino que, al tener un hábito, el hábito lo que hace es reforzar la facultad intelectual.

Distinción entre la operación que se relaciona con objetividades y los hábitos intelectuales que se relacionan con la facultad

Es decir, la operación se relaciona con objetividades y los hábitos se relacionan con la facultad.

Sabemos, al tener un hábito, la operación que hemos hecho.

Sabemos de la luz iluminante. No sabemos de lo iluminado por esa luz, sino de la luz iluminante.

Por eso, si la operación se conmensura con un objeto, el hábito no se conmensura con ningún objeto, sino que manifiesta la actividad intelectual.

Si la operación ilumina lo potencialmente inteligible, el hábito ilumina lo activamente operativamente intelectual.

Si la operación presentifica, el hábito manifiesta la presencia.

Y por lo tanto aquí ya tenemos un tercer tipo de luz.

Habíamos dicho: '*luz transparente*' – la luz de la persona –, '*luz iluminante*' – ver-yo –.

El tercer tipo de luz sería la '*luz presentante*', es decir, las actividades y la operatividad de la visividad.

Y aquí tendríamos '*luces manifestantes*'; manifestantes de las actividades subjetivas que la persona pone cara a presentificar el mundo.

Y aquí, eso es lo importante, esa luz no conoce lo que está fuera de ella, sino que conoce la luz mediante la que entiende. Y ahí radica la perfección del hábito intelectual adquirido: en que conoce la propia actividad, la propia luz.

El hábito a veces ha sido comparado, el hábito intelectual adquirido, ha sido comparado a la memoria intelectual.

¿Por qué? Porque al ejercer una operación basta con una operación ejercida para adquirir ese hábito, para que esa actividad quede registrada, quede iluminada.

Quede por así decirlo, quede archivada y que no pase, no se disuelva, de tal manera que la próxima vez que se realice, pueda identificarse como el mismo tipo de actividad que se ejerció.

Y de tal manera que se pueda pensar con ese mismo tipo de operaciones.

Eso es lo que permiten los hábitos intelectuales: volver a pensar con el mismo tipo de operaciones y adquirir algo así como experiencia intelectual, conocimiento de la luz o sabor.

5. QUERER-YO

Vamos a hablar ahora del segundo miembro de la sindéresis, “querer-yo”.

Resumen de “ver-yo”

Habíamos dicho que el primer miembro de la sindéresis era el “ver-yo”, y por lo tanto estaba relacionado con el intelecto personal que busca su réplica. Al buscarla no la encuentra y en cambio cuando omite la búsqueda, entonces encuentra, ilumina, y por eso vemos la diferencia entre la *‘luz trasparente’* de la persona y la *‘luz iluminante’* del “ver-yo” que encuentra, suscitando, formando la potencia intelectual y los hábitos intelectuales adquiridos.

Y así va teniendo experiencia de su propia actividad y va teniendo conocimiento de la *‘luz iluminante’* y no solamente de lo iluminado por esa luz.

Y por eso habíamos distinguido *‘luz iluminante’*, *‘luz presentante’* y lo *‘manifestante’*, y a eso había que añadir la *experiencia intelectual*.

Pues bien, hasta aquí, el “ver-yo”.

El “querer-yo” y el trascendental del amar personal (el dar como don)

El “querer-yo”, en cambio, tiene que ver con otro trascendental de la persona, no con el intelecto personal, sino con el amar personal.

La persona no solamente busca réplica, también apela a la aceptación de su propio ser. Espera que su ser sea aceptado.

Pero su ser, en primer lugar, es algo que él tiene que aceptar. Es un don recibido, no buscado ni configurado por él mismo, sino algo que ni siquiera encuentra, algo que alcanza y que tiene.

Pero la persona tiene una capacidad, por así decirlo, es un don que ha recibido, pero que ese don es una capacidad de innovación, de creatividad, de originalidad realmente sorprendente.

Pues bien, mi ser me ha sido dado; lo que me ha sido dado como ser es una capacidad innovante y creativa, una capacidad de dar, de amar, de hacer el bien, de relacionarse con el futuro originalmente, futurizando el presente actual y llenándolo, por así decirlo, con la energía de la persona futurizante.

Soy don, afecto, el don de mi ser. Pero apelo a que mi dar sea aceptado por quien me ha dado el dar. Porque me ha dado el ser.

Y entonces aquí lo que aparece es una especie de relación dialógica.

Esa relación dialógica que es caracterizada por Leonardo Polo con el concepto de *‘apelación’*: apelo a la aceptación de mi ser. Es decir, apelo a la ratificación de mi ser.

La persona no encuentra una réplica de su ser, sino que espera la aceptación de su propio ser

La cosa está en que la persona alcanza a ser persona, pero no encuentra una réplica de su ser. Tampoco encuentra, de hecho, la aceptación de su propio ser, sino que espera la aceptación de su propio ser.

La persona no encuentra su intimidad, pero tampoco es capaz de dar el dar que ha recibido como don, y entonces tiene que ejercer existencialmente el dar, el amar personal, el propio ser personal.

La persona se da a través de dones y, para constituirlos, tiene que olvidarse de sí misma

¿Por qué? Porque la persona no puede darse, sino es a través de dones.

Es decir, ha de constituir los dones, ha de relacionarse con lo que esa persona puede aportar, puede innovar, puede dar.

¿Y qué puede dar? Pues puede dar aquello que uno es real, aquello que depende de ella para ser, aquello que depende de su creatividad, de su inteligencia, de aquello que manifiesta a ese quién original que lo constituye.

Y precisamente por eso, igual que para suscitar luces iluminantes, es decir, para encontrar, la persona tenía que omitir la búsqueda, para constituir dones, la persona tiene que olvidarse de sí misma.

Olvidarse de sí misma es olvidarse de su propio ser y entonces abrirse al otro que ella.

Abrirse al otro que ella es, en primer lugar, detectar el ser del universo, otro ser, un ser que no es personal. Un ser que no es el suyo.

Pero además de detectar otro ser que no es el suyo, cabe que la persona ilumine lo que depende para ella, para ser.

La persona es un dar que quiere lo otro: la relación de la persona con sus fines

Y entonces la persona no es solamente luz iluminante, luz iluminante que encuentra, sino que también es un dar que quiere lo otro, lo que aún no es, quiere más de lo que es, que no se satisface con lo que hay.

Que quiere lo que ella puede aportar, lo que puede hacer, aquello a lo que esa persona se siente como convocada a realizar.

Aquello que exige de su fuerza, de su iniciativa, de su creatividad, de su hacer.

Y entonces aquí nos encontramos con la relación de la persona con sus fines, con sus finalidades, por las cuales puede convertir la finalidad en medio, como decíamos antes.

Y sobre todo con los fines de su actividad pragmática: lo que puede dar, lo que puede innovar, lo que puede querer, por así decirlo.

Y entonces encontraríamos esa relación de la voluntad, de su amar, con fines: la '*voluntas ut natura*'.

Pero para constituir esto no basta simplemente con querer lo otro y querer el futuro que aún no es querer – el ser que todavía no es –, sino que hace falta hacer confluir el intelecto con la voluntad, '*voluntas ut ratio*': hacer posibles y realizar esos dones.

Y aquí entramos en el tema de la cultura.

6. LA CULTURA, LA SOCIEDAD Y LA HISTORIA

Es el tema en el cual pasamos del orden '*empírico psíquico*' al orden '*empírico histórico*', cultural y social.

La persona y sus dones en el orden empírico histórico, cultural y social

Una persona constituye dones cuando se olvida de sí.

Y entran en el orden empírico y atienden generosamente al otro que ellas: a lo que uno es, a lo

que carece de ser.

Cuando se interesa por lo otro, se interesa por lo que depende de ellas para ser, depende de su hacer, lo que es posible para su hacer.

Y entonces eso que aún no es, eso que está en el futuro y que depende de las energías, diríamos utópicas y realizadoras de la persona humana, de las energías creativas de la persona humana, son los dones con los que las personas llenan el presente o traen el futuro al presente, futurizan en el presente.

Esos dones, ¿qué son?

Pues son ante todo un conjunto de útiles, de instrumentos que nos rodean – las cámaras, los ordenadores, el papel, las impresoras, las calles, las carreteras, las casas, la calefacción, los aires acondicionados –, el conjunto de normas por las que nos regimos – esas norma de educación, de moral, normas jurídicas, normas organizativas –, el conjunto de símbolos – lingüísticos, religiosos –, etc., que hacen posible nuestra vida y hacen posible la vida de los otros.

La posibilidad factiva

Y aquí entramos en el tema de la posibilidad factiva.

Lo característico de la posibilidad factiva, según Leonardo Polo, es que nuestra acción es posible y es configurada porque otras personas han dejado, nos han enseñado, por ejemplo, los símbolos con los que hablamos, nos han dejado, por ejemplo, la cámara, que hace posible que yo esté dando esta clase, y el ordenador, que hace posible la actividad de esa cámara, pero, al mismo tiempo, la mesa sobre la que se ha apoyado, ...

De tal manera que los dones con los que otras personas utilizaron el presente en su momento y crearon lo otro que era nuevo, configuran las actividades que realizamos ahora.

De tal manera que en toda la cultura hay un ámbito, por así decirlo, como impersonal, en el cual esas personas ya murieron y esos dones siguen ahí, están ahí.

Están ahí, haciendo posibles las actividades que realizamos ahora. Entonces la posibilidad factiva ante todo es la acción. La acción es hecha posible por los dones que otros nos han dejado.

La acción humana hecha posible por los dones que otros dejaron y la acción creadora que hace posible lo que aún no es

Pero al mismo tiempo, la acción es creadora y hace posible lo inédito, lo que aún no es.

Y por eso la posibilidad activa es tanto la acción que yo realizo como el producto que todavía no es: es lo posible por mi actuar.

Pero mi actuar, al mismo tiempo, es posible por los productos que otros dejaron: por los productos, por los entes, por los útiles, por las normas y por los símbolos que otros nos han dejado.

¿Eso qué quiere decir?

Pues que no toda acción es posible.

Solamente son aquellas acciones que son posibles o que están posibilitadas por el mundo que otros nos han dejado.

Y, por lo tanto, la cultura está situada históricamente. Y el hacer humano está situado históricamente. En un determinado momento y un horizonte de posibilidades factivas, de

acciones posibles.

De acciones posibles, ¿por qué?

Por lo que ha sido hecho, por lo que fue, y que es conforme a esas acciones que son posibles en un determinado momento. Es un ámbito que está abierto a las energías innovadoras de la persona. Por lo cual ese ámbito, el ámbito de la cultura, es un ámbito insaturable.

Definición de la historia, según Leonardo Polo, y su distinción de la cultura

¿Cómo definir la historia?

Pues bien, Leonardo por lo define la historia como **la discontinuidad de comienzos libres**.

Discontinuidad de comienzo libres. ¿Por qué definir así la historia? Porque es una manera de *diferenciar la cultura de la historia*.

La cultura es ese ámbito insaturable que permite un horizonte de acciones posibles.

Pero en la cultura, las normas, los útiles y los símbolos conforman un sistema, están articulados, forman algo así como un plexo. Todo tiene que ver con todo.

Entonces la cámara tiene que ver con el ordenador, que tiene que ver con los libros con los que estoy trabajando, ... El mundo cultural conforma un sistema cultural.

En cambio, en la historia no sucede eso.

No hay una articulación sistemática, sino más bien una discontinuidad, una inarticulación.

Y la historia se reanuda con cada ser humano que, con sus energías creativas, con su amor trascendental, por así decirlo, configurando dones en el orden empírico cultural, comienza o da lugar libremente a actividades que se traspasan, que traspasan objetos mentales a la acción, y configuran útiles, o normas, o símbolos.

Pues bien, en la historia, esos comienzos no están articulados unos con otros, sino que requieren, por así decirlo, de la propia libertad de ese comienzo para comprender lo que otro comienzo hizo, y comprender el sentido que le dio a sus actividades y a sus productos otra subjetividad, o una determinada cultura: ¿qué significaba eso? ¿qué sentido tenían las pirámides?

Eso precisamente es posible porque la historia no forma un sistema. No hay una unidad sistemática, una articulación de los comienzos históricos. Eso nos podría llevar muy lejos y, en concreto, a una crítica al historicismo y a la filosofía de la historia y a buscar un carácter sistemático a la historia.

La sociedad es imprescindible para que una persona libre pueda manifestarse: mi acción es posible por las acciones de otras personas

Pues bien. Y, respecto de la sociedad, habría que decir lo siguiente: mi acción es posible por las acciones de otras personas: porque otras personas me han enseñado a hablar, me han enseñado a escribir, han ejecutado y han investigado para leyes de la óptica y leyes de la transmisión de datos, y ha habido ingenieros que han cogido esas leyes, esos conocimientos del mundo, y han creado cámaras de vídeo, y han creado sistemas wifi ...

Toda persona, toda acción humana, es hecha posible por la actividad conjunta de muchas otras personas. De tal manera que la sociedad es imprescindible para que una persona, un comienzo libre, pueda manifestarse.

Y por eso, precisamente porque es imprescindible, podríamos decir que la acción es indefectiblemente social, o que la sociedad es imprescindible para la manifestación humana.

La manifestación personal es siempre social

La persona se manifiesta en su vida subjetiva.

Pero esa manifestación siempre es social: no puede fallar la sociedad, no puede no haber sociedad.

Siempre nos insertamos en un mundo en el que nuestras acciones son hechas posibles por otras personas y que a su vez nosotros podemos aportar, a posibilitar nuevas acciones para otras personas.